© 1988 by Silvina Ocampo
© 2014, Herederos de Silvina Ocampo
© 2014, Random House Mondadori S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires

Publicado por Random House Mondadori S.A., Argentina, bajo el sello
Lumen con acuerdo de Random House Mondadori S.A., España.

www.megustaleer.com.ar

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo
los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o
mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del
copyright.

Impreso en la Argentina

ISBN: 978-84-264-0184-7

Esta edición de 3.500 ejemplares se terminó de imprimir en
Gráfica MPS S.R.L., Santiago del Estero 338, Gerli,
Buenos Aires, en el mes de octubre de 2014.

SILVINA OCAMPO:

CORNELIA FRENTE AL ESPEJO

(1988)

De todo el mundo me despido por carta, salvo de vos. La casa está sola. A las ocho Claudio cerró con llave la puerta de la calle. ¡Cornelia! Mi nombre me hace reír. Qué quieres, en los momentos más trágicos me río o enciendo un cigarrillo y me echo al suelo y te miro como si nada malo tuviera que suceder. Ciertas posturas nos hacen creer en la felicidad. A veces estar acostada me hizo creer en el amor.

—Soy espejo, soy tuyo. Desde que cumpliste seis años, por mi culpa quisiste ser actriz; tu padre, con su cara de prócer, tu madre, con su cara de república, se opusieron. Qué absurdas son las personas respetables. Cuando guardas las pieles y los fieltros en alcanfor renace tu desconsuelo; en realidad la gente se opone a nuestra vocación, es como la polilla, hay que combatirla día tras día, año tras año.

—¡Es cierto! Pero no menciones las polillas ni el alcanfor ni las pieles ni a mi familia, ni siquiera mi nombre. Qué ridículo me parece. Podría llamarme Cornisa, sería lo mismo. Lo he escrito en las paredes del cuarto de baño mientras me desnudaba para bañarme antes de

salir para el colegio; lo he escrito en la glorieta del jardín de San Fernando cuando aprendí a escribir; lo he escrito sobre mi brazo izquierdo con un alfiler de oro. Vivimos como si fuésemos a vivir mil años, cepillándonos el pelo, tomando vitaminas, cuidándonos las uñas y las pestañas, eligiendo y eligiendo como en las liquidaciones de Gath y Chaves. Hace mucho que te conozco, desde los primeros meses, no, tal vez después cuando usaba un flequillo mal cortado y cintas en el pelo del color de mis vestidos. Desde hace unos días, en cuanto te veo aparecer, como si te viera por primera o por última vez, mi corazón acelera sus latidos. Eres un compendio de las personas a quienes he amado. Estás rodeado de una atmósfera líquida, estás como en el interior del agua, en la luz donde nadan los peces de las grandes profundidades del mar o en la superficie de un lago tranquilo. Sólo tu voz me hace quererte. Vivo en un mundo opaco, material, sin aire, un mundo de talleres; comprenderás que en lugar de sueños tenga a veces pesadillas.

—La avaricia, con su cara filosófica...

—¡Nunca fui avara!

—Lo fuiste de un modo original. El orgullo, con sus esmeraldas llenas de jardines.

—¡Mi madre es orgullosa! Yo, nunca.

—La lujuria, con su recua de alumnos más sagaces que sus maestros. ¡La lujuria! Cuántas veces buscaste esa palabra en el diccionario; manchaste la página con dulce. Eras precoz, tenías ocho años y veinte orgasmos diarios.

—Yo fui más precoz al descubrir tu ombligo. La pereza con su resignación soñadora. Soy perezosa.

—La gula, con sus dorados libros de recetas.

—¡El más horrible de los pecados!

—Te parece horrible porque te hace engordar. La envidia, con oscuros terciopelos, con predilecciones inexplicables.

—¿Soy o no soy envidiosa? ¡No sé! Celos y envidia se confunden.

—La ira...

—¿La ira? ¿Cuándo?

—El día en que tiraste las alhajas de tu madre al suelo; el día en que rompiste aquel vestido de fiesta. La ira, con sus ojos vidriosos de hiena y sus encantamientos se ha encarnado en ti.

—¿Ahora quieres que haga mi examen de conciencia? Me ayudaste a disfrazarme para pedir perdón. ¿Para pedir perdón a quién? A Dios y no a mis antepasados. Hay personas que confunden a Dios con sus antepasados. Siempre jugué a ser lo que no soy. Naturalmente que te conmoví. Tus defectos, tus conflictos son míos. Cuando robé la cigarrera de oro de Elena Schleider, en aquella casa de campo que olía a piso encerado, donde nos invitaron a veranear, en el fondo del cuarto tus ojos, como dos estrellas, me guiaron para dejarme robar sola. Sabías para quién y para qué robaba. Pensé que eras hipócrita: no te guardo rencor. En un marco dorado conmigo amaste y odiaste a Elena Schleider. Cuando me ponían en penitencia sufría de no verte, de no tocar tus manos envueltas en una suerte de bruma gelatinosa, esa bruma propia de los espejos. Tu boca es lisa como la boca del agua y fría como la boca de las tijeras. ¡Espejo odiado! Dentro de algunos

instantes no me verás más. Te lo juro. Tengo el hábito de mentir, pero nunca a mí misma.

—Esa falda que llevas, esa blusa de hilo verde te favorecen. Quisiera que te embalsamaran para la posteridad. No fumes tanto. Tus dientes me deslumbraban, pero ahora... parecen de marfil, de vulgar marfil.

—Fuiste mi única amiga, la única que no me traicionó después de conocerme. A veces, muchas veces te vi en mis sueños, pero no sentí al tocarte la presión celeste de este vidrio. Tenemos veinticinco años. Es mucho, demasiado ya.

—He visto a viejos sin arrugas, mi querida, con el pelo violeta, viejos decrepitos que parecían disfrazados, y niños viejísimos, niños lívidos que se hacían los niños. Venían de visita.

—Siempre fui en busca de ti para reírme. Cuando lloraba, para que no me vieras, me escondía detrás del biombo de madera pintada, junto al calorífero del comedor, donde había olor a fritura y a naranjas. Sabía que mis lágrimas te desagradaban. Te gustaba verme reír, con un sombrero de papel de diario, un sombrero de burro con orejas o de almirante, o con un verdadero sombrero. Éste es el que prefiero. Siempre me fascinaron los sombreros con plumas. Con un sombrero de plumas soñé que bailaba *La muerte del cisne*. A los once años, mi madre vio bailar a Pawlova *La muerte del cisne*. Desde ese día sueño con ese sombrero de plumas y con esa muerte. Podría tener cuarenta años; ilusoriamente los tengo esos cuarenta años, que jamás cumpliré; una voz más grave, una seguridad, un aplomo, una dignidad mayor.

—Siempre tendrás una variedad de voces infinita, desde la más grave hasta la más aguda. En tu pelo teñido, cinco hebras de plata rebeldes te fastidian. Tus uñas impecables son rosadas, pero se rompen; tendrás que tomar calcio.

—Mañana mismo. Consultaré al doctor Isberto.

—Puedes hacer todo el mal que quieras sin que nadie lo note. Todo el mundo cree que eres una santa, no sólo porque te escondes en la oscuridad de los cuartos, sino porque tienes los ojos muy apartados el uno del otro, lo que te da una expresión de inocencia y de felicidad desmedida.

—Podría ser muy pobre, en el transcurso del tiempo quedar en la miseria, pedir limosna en los zaguanes, no verte más, mi ángel, vagar de puerta en puerta y entrar por fin en una casa para ofrecermelo de lavandera, sin saber lavar. Entonces me verías arrodillada, mi espejo universal, con este trapo en las manos fregando el piso, porque los dueños de casa aprovecharían mi falta de experiencia para hacerme hacer toda suerte de trabajos. Me vería seducir a los hombres, a cualquier hombre que viniera de visita a la casa, al lechero, al almacenero, al plomero, porque las mujeres que trabajan de esta manera tienen una belleza en el desaliño, una belleza natural que no tienen las otras con sus afeites. Mírame despeinada, con las mejillas rosadas. No te agrada verme en los brazos de un hombre porque eres celoso como yo. Los hombres son monstruos: el amor los transfigura. Pero no me dejo seducir; en mis manos, con olor a jabón, conservo las predilecciones de mi inocencia. ¿Por qué?

No sé, son como las piedras preciosas que hay dentro de las máquinas de los relojes, ¡esos rubíes tan necesarios! Podré barrer los pisos, remendar las medias, limpiar las alfombras mientras tu sonrisa me vigila. Soy virtuosa. Los pobres, aun cuando son crápulas, son virtuosos; si son crápulas tienen razón de serlo. Tengo las uñas muy cortas, por eso tus manos parecen manos de estatua de piedra y no de prostituta o de señora. Ahora todo ha concluido: todas las representaciones, los escenarios, los teatros con sus butacas, todos los resentimientos, todas las obediencias, el temor a la obesidad, al soborno, al desprecio.

—Nunca dejaste que me acercara demasiado, me tuviste siempre a distancia, por eso no nos hemos cansado la una de la otra. Todos mis recuerdos los comparto contigo. ¡Cuánto me gustaba el pan que comíamos juntas! ¡La taza de café con leche cuyos tragos pasaban por tu garganta misteriosa con un leve temblor! A menudo dejabas la taza para mirarme. A veces, cuando recogías tu pelo lacio y lo trenzabas con cintas, ignorando el curso de las horas nos perdíamos en una suerte de paisaje donde no intervenían tus conocimientos geográficos porque todos los lugares que recorríamos eran inventados por ti. ¡Cuánto te gustaba la lluvia que había dejado en tu cara un frío similar al de mi cara!

—¡Cuánto me gustaba no sólo lo agradable, sino lo mísero y terrible, ese dolor en mis entrañas, en mis hombros extasiados, esa venalidad, que repetías, del cuerpo! En mi infancia tardaba una hora en tomar el aceite de castor que mi madre me servía con naranjada tibia. No

sé qué sabor tendrá este brebaje. Antes probaré el agua sola de nuevo.

—¡Qué fría, qué suave, qué nueva, qué incontaminada! ¡Si entrases a una gruta nocturna con jazmines, en verano, no sentirías tanta frescura!

—Es un remedio que se emplea para la anemia, en pequeñas dosis. Lo robé en el laboratorio donde Héctor trabaja. ¿Estaré soñando? Oigo ruidos en la casa. Contigo no tengo miedo. No quise tirarme debajo de un tren ni al mar, que es tan agradable, porque no podía llevarte conmigo. Vine a esta casa porque era el único lugar donde nos encontraríamos a solas, pero me había olvidado de que existían fantasmas. No sabes el tiempo que tardé en conseguir las llaves de esa casa, nadie tiene confianza en mí. Mi tía creyó que quería entrevistarme con algún amante.

—Los sabores, como los perfumes, tienen una gran importancia para ti. Tu paladar es muy fino, pero hoy el sabor que pueda tener este veneno te es indiferente.

—Creo que compartes mi indiferencia. Hoy que me estás mirando más atentamente que de costumbre, te amo y te odio más que nunca. ¡Si alguien nos viera, qué diría! Si nos viera mi padre, por ejemplo. «¿Qué haces con esa cara de pan crudo? Pretendes engañar al espejo», diría eso, pero seguramente piensa que soy la mujer más hermosa del mundo aunque en algo me parezca a mi madre, por ejemplo en el óvalo de la cara, en el mentón, en la forma incongruente de las cejas. ¡He vivido tanto tiempo en esta casa! Tengo un inventario mental de las cosas que me gustan: el jardín de invierno donde me escondía, me

fascina, el cuarto que era el cuarto de plancha y que sirve ahora de depósito, también. Todo se ha transformado en salón de modas. Este salón era una sala. ¿Qué diferencia habrá entre una sala y un salón? Yo me asfixiaba cuando entraba aquí. Las manos de todos los retratos que me miraban me estrangulaban, y el comedor, con la araña y la platería, y los dormitorios, el de las cortinas rojas donde nació mi hermano Rafael. ¡Por no verlos hubiera vivido en el infierno! Por suerte mi tía compró esta casa para alojar sombreros. La compra de la casa fue dramática. Mi padre necesitaba dinero y mi madre no se lo perdonaba. Tomaré un trago antes de beber todo el contenido del vaso. La gente aconseja beber de un trago las cosas horribles, el aceite de ricino, la magnesia, por ejemplo, pero yo los bebo lentamente. ¡Mi querida, no me mires con tanto patetismo! ¿Recuerdas el día en que te traje aquel perro que lloraba? Creí que en tus brazos sanaría y te llamé. Te reíste porque el perro tenía una venda alrededor de la cabeza, parecía un turco, y al verse en tus brazos gruñó como un animal feroz. No sabía que estaba muriendo. ¿Sabes ahora lo que me sucede? ¿Por qué no te ríes? ¿Acaso mi muerte es más importante que la de un perro? Veo los vidrios rojos y azules de la infancia en la ventana que daba al patio. Detrás de los vidrios, entre las hojas que los golpeaban, me escondía para cometer pecados. Después corría a verte: te entregaba mi cara y mis secretos. Fue lo que nos unió. La niñera tejía una esclavina violeta, con olor a humo, y me dejaba jugar con los carreteles, después me lavaba las manos en una palanganana con flores, donde escupía cuando estaba enferma. Qué extraño. La puerta de la calle está cerrada, no hay

nadie en la casa, estoy segura. He elegido este lugar porque mis únicos testigos son los sombreros, las caras atónitas de los maniqués, que tienen caras y voces de señoras, con vengo, pero que son benignos cuando están solos.

—Alguien ha movido el picaporte. Juro que lo he visto moverse.

—Pero nadie puede venir a esta hora. Mi tía está en casa, enferma. Claudio no tiene llave y si la tuviera no vendría a esta hora. ¡Claudio, mi amigo de infancia! Qué dirá cuando sepa. Las dos de la mañana. Estoy nerviosa, sin duda. ¿Quién es? Conteste. A mí nadie me asusta; no me asusta ni el demonio. Los seres angelicales a veces me espantan. ¿Qué haces aquí?

—¿Quién eres? ¿Cómo entraste?

—La puerta estaba abierta.

—¿Para qué entraste?

—Quería ver las muñecas.

—¿Qué muñecas?

—Las muñecas con sombreros.

—¿Cómo te llamas?

—Cristina.

—¿Cristina, nada más?

—Cristina Ladivina, de La Rosa Verde.

—Yo me llamo Cornelia. ¿Y dónde está La Rosa Verde?

—En Esmeralda.

—Eres un fantasma, una niña perdida, con esmeraldas y rosas verdes. ¿Y te dejan salir sola a estas horas?

- Me dejan, a cualquier hora.
- ¿Pero de noche?
- La noche es como el día; la oscuridad es como la luz.
- ¿Qué edad tienes?
- Diez años.
- Eres bonita. Mírate en el espejo. ¿Me ves a mí reflejada? ¿Y a ti?
- No.
- ¿Nunca te viste en un espejo?
- En el agua, en el barro de los ríos, en el filo de un cuchillo.
- Me das miedo. ¿Y cómo entraste en esta casa?
- El hombre me hizo entrar.
- ¿Qué hombre?
- El hombre que me mostró los muñecos del escaparate.
- Eres un fantasma. ¿Sabes qué es un fantasma?
- No.
- Alguien que vive y que no vive. ¿Eres un fantasma?
- No sé.
- ¿Y entraste para asustarme, verdad? ¿He muerto ya? ¿Viniste a buscar mi alma? Eres aquella tía mía que murió de sarampión a los diez años, aquélla que se llamaba Virginia. ¿Viniste a buscar mi alma?
- No. Vine por las muñecas.
- ¿Y quién es ese hombre de que me hablas? ¿Dónde está?
- Ahí.

- Nada me asusta, ni un hombre con su cara.
- ¿Está sola?
- Estaba con esa niña que acaba de entrar.
- ¿Con quién hablaba?
- ¿Antes de que entrara la niña? Hablaba conmigo en el espejo. ¿Usted no puede creerme, verdad?
- ¿Dónde está la persona que hablaba con usted?
- Aquí en el espejo. Mírela.
- Diga dónde está.
- Revise la casa, si quiere. ¿Y la niña?
- ¿Usted es la dueña?
- No. Ni quiero serlo. Soy una empleada. Sobrina de la dueña.
- No lo creo.
- ¿Parezco tan seria? ¿Tan importante? ¿Tan respetable como para mentir tan bien? No me adule, por favor; además, usted no sabe lo que a mí me agrada, por lo tanto no sabría adularme.
- Todas son iguales.
- ¿Quiénes son todas?
- Las mujeres. Todas mienten.
- Yo soy diferente, se lo aseguro.
- No le creo.
- ¿Se ha encontrado con mujeres como yo en muchas oportunidades como ésta?
- Sht, no hable a gritos. No soy sordo.
- Hablo con mi voz natural. ¿Quién es esa niña que entró con usted? ¿Era realmente una niña, o era una enana disfrazada de niña?
- No sé.

—¿Usted utiliza a los niños como escudo? Diga la verdad. No quiero pensar mal de usted, pero hay cosas que no me parecen correctas. Por ejemplo: utilizar a una niña de diez años para protegerse. Además ¿usted sabe que los niños son muy sagaces? Son detectives, diminutos detectives.

—Cállese. No hable en voz alta.

—Hablo en voz baja como en un confesionario. ¿Usted nunca se confesó?

—Conteste y no haga preguntas. ¿Hay alguien en la casa?

—¿Por qué me mira así? ¿No me considera alguien?

—¿Hay alguien fuera de usted? Sht, cálese.

—No tenga miedo. No hay nadie. Sólo yo y el espejo. A veces pienso que hay fantasmas en la casa. Hoy creí que había uno, pero cuando supe que era usted y esa niña que parecía un fantasma, quedé tranquila. «Por malo que sea un hombre, es un hombre», me dije.

—Sht. Le prohíbo hablar.

—No hablaré.

—¿Dónde están las llaves de la casa?

—Si me prohíbe hablar, ¿cómo puedo contestar?

—No se haga la graciosa.

—¿Qué llaves? Hay tantas llaves.

—Cualquier llave.

—¿Usted no sabe cuáles son las llaves que quiere? Hay muchas llaves: la del armario grande, la del depósito, las de las alacenas, las de los baúles, las de la caja de hierro. ¿Cuál es la que quiere?

—Las de la caja de hierro.

—Aquí están. Mi tía es muy imprudente. No parece rica.

—Deme las llaves.

—¿Y después qué hará conmigo? ¿Piensa matarme?

—Es lógico.

—¿Con qué piensa matarme? ¿Con ese cuchillo? ¿Acaso cree que no lo he visto?

—¿Le impresiona?

—Un poco. No me gustan las armas blancas. ¿No tiene un revólver?

—Tengo todo lo que me hace falta.

—Ese cuchillo es atroz. ¿Sabe si corta bien, por lo menos?

—Es inoxidable. En seguida pasa.

—¡Pero el filo en la garganta! Ese primer contacto helado del acero... Y después... la sangre que corre y que mancha el piso... y que salpica las tapicerías o los cortinados... ¿No le da náuseas?

—No es en la garganta ni con el cuchillo como la mataré.

—¿Con qué, entonces? ¿De un balazo?

—Con una hoja de afeitar.

—¿De ésas con que se saca punta a los lápices? ¿Y no es más práctico usar el cuchillo? Porque, después de todo, el cuchillo se usa más que la gillette para esos fines.

—Es cuestión de costumbre.

—Yo usaría el cuchillo o un revólver. La espada es muy larga. Qué disparate. El revólver, es claro, no conviene porque es ruidoso. El estampido me hace daño. Tengo que taparme las orejas para no oírlo, por ese mo-

tivo nunca pude tirar al blanco, aunque tenga mucha puntería. Ni intenté suicidarme con un revólver. ¿Usted sabe tirar? ¿Obtuvo premios? Los hombres saben tirar. Es inútil, por eso van a la guerra y las mujeres se quedan en sus casas o en los hospitales atendiendo a los heridos. Soy permanentemente anticuada. La mujer nació para quedarse en su casa tranquilamente; el hombre, para las grandes aventuras, para las empresas peligrosas.

—Son nuevitas. Estas hojas de afeitar son nuevitas.

—Ya sé que usted es muy bueno. Tiene cara de bueno. Todas las caras en el espejo son así. Es claro que la cara no quiere decir nada. En los diarios salen fotografías de hombres con caras de asesinos y son santos, en cambio salen otros con caras de santos y son asesinos. ¿Promete que va a matarme? Prometa.

—Prometo. Deme las llaves.

—¿Y dónde me hará la herida?

—Es muy fácil. Cortaré las venas de la muñeca, y después se irá en sangre. Si tarda mucho, la puedo sumergir en un baño caliente. ¿Hay baño en esta casa?

—Hay baño, pero no hay agua caliente a estas horas. Empiece. Tenía muchos deseos de morir. Usted es muy bueno, pero ¿qué piensa hacer con el cadáver? ¿Piensa cortarlo en pedacitos y sembrar todos los pedacitos por la provincia de Buenos Aires? ¿Piensa llevarme en una bolsa, como si llevara carbón o papas? ¿Piensa dejarme aquí tendida en el suelo? ¿Sabe usted que hay ratones en esta casa y que podrían desfigurarme? Sería una lástima. ¿Los oye? ¿Conoce algún veneno para matarlos? Mi tía está preocupada: la otra noche arrancaron la pluma de

un sombrero y dos cerezas atadas con una cinta de terciopelo. Las trampas no sirven para nada. ¿Si resolvieran comer la punta de mis dedos? ¿Si me dieran un mordisco en la nuca o en la garganta? ¿Usted se da cuenta del dolor que yo sentiría?

—Los muertos no sienten nada, señorita.

—Eso es lo que usted cree, señor. Los muertos son muy sensibles. Sienten todo. Son más lúcidos que nosotros. Si usted les ofrece carne o vino no lo apreciarán, pero hágales oír música o regádeles perfume, y verá. Nunca están distraídos. Ven como las palomas los colores ultravioletas. Son refinados, sensibles. Y de otro modo ¿cómo se explica que les obsequien tantas flores? ¿Que la gente se gaste tanto dinero en flores, en estatuillas, en misas, en coches? ¡Qué sé yo!

—Ésa es una vieja costumbre. ¿Cuál es la llave?

—Las costumbres tienen una razón de ser. Los muertos ven las flores, saben dónde están enterrados, quién los mató. Ven el coche fúnebre, los caballos negros de circo, las iniciales blancas sobre el paño negro que los cubre. Señor, ¿no podría tirarme al mar? Adoro el mar. Detesto las ceremonias, los cirios, las flores, el hervidero de oraciones. Soy mala. Nadie me quiere a mí.

—El mar queda lejos. ¿Cuál es la llave?

—¿No tiene auto? Podría alquilar uno. ¿Sus hermanos o sus tíos, no tienen un auto? Seguramente contará con algún amigo. Me coloca en el automóvil como si estuviera viva y me lleva al mar. Es tan fácil, y es tan precioso el mar. Para usted sería un paseo. ¿No le agrada el mar?

—Los cuerpos flotan, señorita. Salen a la orilla.

—Me ata piedras o plomo en los pies. ¿No ha leído en los diarios o en las novelas cómo se tiran los cadáveres al agua? ¿No va nunca al cinematógrafo? Es tan poético.

—Deme la llave.

—Es una de éstas. No revuelva los papeles que hay en la caja de hierro. Mi tía sufre mucho cuando hay cualquier cosa desordenada en la casa. No tire la ceniza del cigarrillo al suelo, por favor. Después tengo que barrer.

—No se mueva de ahí.

—No me muevo. ¿Puede abrir? A mi tía le pasa lo mismo. Nunca puede abrir ningún cajón, ninguna puerta que esté cerrada con llave. Es una de sus desventuras. ¿Por qué no se quita los guantes?

—Abrirás de una vez la puerta, escorpión.

—¿Con quién habla?

—Si doy vuelta a la izquierda, te tuerces para la derecha; si doy vuelta para la derecha, te tuerces para la izquierda, hija de puta.

—¿Habla con las llaves?

—¿Usted no hablaba con el espejo? ¿Qué diferencia hay entre una llave y un espejo?

—El espejo me contesta.

—Estas también me contestan. Dicen que usted es una mentirosa.

—Le juro que no. ¿Quiere que yo abra?

—Está mintiendo.

—No le miento. Las cajas de hierro son difíciles de abrir, pero cualquier ladrón las abre. ¿Usted no es un ladrón profesional, señor? Cuénteme su vida. Ha de ser in-

teresante, una vida tan llena de cosas imprevistas. ¿Está casado? No. Es demasiado joven. ¿Nunca estuvo de novio? ¿Viven sus padres? ¿Tiene hermanas? ¿Ha viajado? ¿Dónde pasó su infancia? ¿Tiene fotografías de cuando era chiquitito? Me gustaría verlas. ¿Conoce la República? Yo no he salido de Buenos Aires; nunca viajé. ¿Se da cuenta? Una mujer de mi edad. Cuando pienso que existe la China, la India, Rusia, Francia, Canadá, Italia, sobre todo Italia, me desespero. Pocas personas me tienen simpatía. Porque a las mujeres no les gusta una mujer con ambiciones. En mi adolescencia robé una cigarrera de oro y la vendí por cien pesos. Hay que ser valiente para robar. Los que se dejan robar son miedosos, ¿no le parece? Mi tía, por ejemplo, todas las noches mira debajo de su cama para ver si hay algún ladrón. Yo, en cambio, tengo miedo de los fantasmas. En esta casa dicen que hay fantasmas, un fantasma vestido de rojo. ¿Usted vio el color de las paredes de la casa al entrar? No las habrá visto porque era de noche. Bueno, el fantasma está vestido de ese mismo color rojo, rojo anaranjado, del color de los ladrillos. Es una niña pequeña, la vi con mis ojos. Qué calor hace. ¿No tiene calor con esa bufanda? ¿Por qué usa esa bufanda? ¿No le molesta? Tiene una quemadura en la frente. ¿Es sordo? ¿Por qué no me contesta?

—¡Qué noche!

—¿Tiene sed? ¿Quiere tomar un vaso de agua?

—El agua es para los peces.

—Es bueno tomar agua cuando hace mucho calor.

—No hago lo que es bueno. Hago lo que quiero.

—Hace bien. Yo haría lo mismo, si pudiera. Pero soy

tan maleducada. No tengo voluntad. ¿No quiere whisky o gin? ¿Cubana Brandy? ¿Manzanilla? Aquí en este placard tenemos unas botellas. Cuando terminamos el trabajo, a veces tomamos un traguito.

—No me interesan las bebidas.

—¿No quiere? Nadie muere por beber un trago de whisky.

—No insista, señorita.

—¡Qué suerte! Este veneno es mío, quiero que sea mío. ¡Cómo brilla en el espejo!

—Aquí hay otra llave.

—Soy atolondrada. Seguramente es ésta. Al fin pudo abrir. ¿Ahora no encuentra lo que busca? Nada. Su afán dura un minuto. Usted es muy original. No tire todo al suelo. No hay nada de valor para usted pero, para cada persona, cada cosa tiene un valor distinto.

—Ahora sí tengo sed. Me bebería una damajuana de agua. Ésta no está bastante helada pero la tomaré.

—Ahora tiene que matarme.

—Cambié de idea. Además no encontré lo que buscaba.

—Usted no buscaba nada. Usted es un pobre loco. Tiene que matarme. ¿Me oye? Para redimirse, tiene que matarme. Si no cumple con su promesa, lo denunciaré a la policía. Morirá cubierto de vergüenza. ¡Mírese en el espejo!

—Si quiere denunciarme, puede hacerlo. Quemé las iglesias, di sangre en los hospitales, tengo sangre universal. No me gusta vanagloriarme, pero no quiero que usted piense que soy un inútil. Hice un buen trabajo. Ahora me llamaron para matar...

—¿A quién?

—Es un secreto.

—Está fatigado. ¿Por qué habla así? ¿No se siente bien?

—Estoy perfectamente bien. Los secretos se dicen en voz baja.

—¿Lo llamaron para matarme a mí?

—No. Traté de matarla para practicar. Me parecía más fácil empezar por una mujer.

—¿Y por qué abrió la caja de hierro si sólo pensaba matar? ¿Y por qué usa guantes? ¿Y por qué se tapa la cara? ¿Acaso tiene miedo de que lo lleven preso?

—Le pedí las llaves para curiosear, para pasar el tiempo.

—¿Sabe para qué usa guantes y por qué se tapa la cara? Yo se lo voy a decir: para no dejar las marcas de sus manos, para que sus camaradas no sospechen que usted es un miedoso, un inútil, un pobre diablo incapaz de matar. Pues ahora tiene que matarme, es el castigo que merece. ¿Qué diferencia hay entre matarme y decapitar a Santiago Apóstol y su caballo? Usted los decapitó, ¿verdad? Si usted matara mi imagen en el espejo, me mataría también a mí. ¿Por qué no tuvo miedo y ahora tiene miedo? Nosotros, los seres humanos, somos irrealles como las imágenes. ¿Qué iglesia quemó?

—Todas las que pude. No conozco los nombres. No crea que es tan fácil. Algunas no ardían.

—¿A qué vírgenes, a qué santas golpeó?

—A ninguna. En el momento...

—Diga. No voy a despreciarlo más ni tenerle menos lástima.

—En el momento en que iba a cortarle la cabeza a una de ellas, se me aflojó el brazo.

—¿Por qué?

—No sé. Tengo reumatismo. Me miró con sus ojos de gitana, como si fuera a decirme la buenaventura. Era la más chiquita. De este alto y no pude golpearla. Los compañeros se rieron de mí.

—¿Y el pedestal no tenía una inscripción?

—No. Siento no haberle cortado la cabeza. Ahora la veo siempre por todas partes. Como si fuera una adivina, sigue mirándome.

—Era una adivina. Las santas son todas adivinas. Tiene que matarme. Usted ha bebido un poco del contenido de este vaso. En ese vaso había un veneno precioso, que me costó conseguir. Usted va a morir. ¿Nunca rezó? Todavía está a tiempo. Tiene que matarme inmediatamente. Si no lo hace le escupiré en la cara y llamaré a los ratones del vecindario para que le coman la lengua y las manos. Si usted rezara, no le sucederían cosas tan desagradables como las que le estoy prometiendo. ¿Me oye? Voy a gritar. ¡Socorro!

—¿Quién es usted?

—¿Qué sucede?

—Nada, nada. Este señor tenía que matarme: me lo prometió y ahora se niega a hacerlo. Va a morir dentro de unos instantes ¡y no quiere redimirse porque es cobarde!

—Perdonen la intromisión. Vi la puerta abierta, oí

gritos y entré. No soy de la policía, no se asusten. ¿Qué ha sucedido?

—Este señor entró a matarme, me hizo creer que buscaba algo, abrió la caja de hierro y dejó todo tirado. No necesita robar, es un hombre rico. No sé qué quiere; él tampoco.

—¿Qué debo hacer? Por favor, dígamelo.

—No se aflija.

—Lo hemos dejado escapar. Es horrible.

—Peor sería que no se hubiera escapado.

—¿Por qué?

—¿Qué hubiéramos hecho con él, con su enorme cuerpo? ¿Quiere decirme?

—Lo que merecía: castigarlo. Tendríamos que perseguirlo.

—Imposible. Va a morir. He oído un ruido. Algo se ha desplomado en el piso de abajo. ¡Es él! Ha muerto como un perro. ¿Pero no comprende que ha muerto? Bebió un poco de veneno.

—No comprendo nada. Ante todo vamos a cerrar la puerta de la calle. Si usted me permite. Veremos si el hombre no se ha escondido en algún rincón de la casa.

—No veo nada. Voy a encender la luz.

—No se aflija: hay hombres que tienen siete vidas como los gatos. ¿No envenenaron a Rasputín mil veces y no se salvó mil veces? Ahora ¿qué debo hacer?

—Debe hacer lo que este hombre no hizo: matarme.

—¿Matarla?

—Sí, matarme. Hace tres noches que no duermo buscando una forma de suicidio. Ayer conseguí este veneno

y estaba por tomarlo en medio del silencio de esta casa cuando oí ruidos insólitos.

—Y apareció en la puerta el malhechor, como en el cinematógrafo o en el teatro.

—No. En lugar del malhechor apareció muy silenciosamente, deteniéndose en el marco de la puerta, una niña.

—¿Una niña? Oigo ruidos.

—Son los ratones; racimos de ratones. Caminan como hombres.

—¿Y esa niña entró con el hombre?

—Según me dijo, el hombre la hizo entrar.

—¿Y para qué?

—Para que viera estas muñecas. Estos maniqués eran para ella como enormes muñecas. Le pregunté cómo se llamaba.

—¿Y se lo dijo?

—Sí. Me dijo que se llamaba Cristina Ladivina.

—¿Ladivina o la adivina?

—Ladivina o Ladvina, no sé. Debe de ser un nombre ruso. Cuando quise averiguar su apellido, me respondió: Ladivina de La Rosa Verde. Cuando le pregunté dónde estaba La Rosa Verde, me dijo: en Esmeralda.

—La Rosa Verde queda cerca de aquí. Es un café solitario, donde los mozos duermen en lugar de atender a los clientes.

—¡Nunca se me hubiera ocurrido! Todo me pareció tan misterioso. En boca de aquella niña la palabra Esmeralda no pareció una calle, sino una piedra preciosa. Al verla, sentí miedo. Estaba yo tan perturbada, tan pertur-

bada que, al detenerme frente al espejo con ella, no vi su imagen junto a la mía reflejada. Y ahora pienso, que en lugar de ver el cuarto reflejado, vi algo extraño en el espejo, una cúpula, una suerte de templo con columnas amarillas y, en el fondo, dentro de algunas hornacinas del muro, divinidades. Fui víctima sin duda de una ilusión. ¡Estos días he oído hablar tanto de las iglesias en llamas!

—¿Y podría decirme para qué quiere morir? ¿Tiene una cita con alguien en el otro mundo?

—Usted ¿para qué quiere vivir? ¿Sabría contestármelo?

—Si me dejara pensar un rato, se lo diría.

—¿Es difícil? ¿Tiene que pensar para decírmelo?

—No soy tan espontáneo como usted.

—No tenga miedo al ridículo.

—Tengo conciencia de mis limitaciones, pero la felicidad, la falta de obstáculos, no me parecen indispensables para desear vivir.

—A mí tampoco. A veces uno toma una decisión y la cumple cuando la causa que nos ha obligado a tomarla no existe.

—Entonces usted obra por amor propio.

—Por amor propio, no; pero sí por impulso, por una ilusoria fidelidad a mí misma.

—¿Quiere que le diga para qué quiero vivir? No creo que éste sea un momento para pensar en cosas personales. ¿De qué se ríe?

—No me río. Todos los hombres dicen las mismas cosas, hablan de las cosas personales como si fuera de una enfermedad.

—Es una enfermedad.

—Siempre pienso en cosas personales, es cierto. ¿Me desprecia? Le advierto que no me preocupa. Puede sentarse, si quiere.

—Cuando pasaba por esta casa, la ventana de este cuarto me despertó curiosidad, como si hubiese sentido lo que iba a suceder esta noche.

—Tal vez nos hemos cruzado algún día por la calle.

—No sería fácil, pues generalmente camino mirando la punta de mis zapatos, sin ver a la gente que pasa.

—Todo el mundo necesita hablar con algo que no sea una persona; yo, con el espejo; el malhechor, con las llaves; Cristina, con las muñecas; usted, con sus zapatos. Yo miro todo sin ver nada. Es una costumbre. La gente cree que soy miope. En cierto modo lo soy.

—¿Vive aquí?

—No. Trabajo aquí.

—¿En qué trabaja?

—¿Ve estos sombreros? Los hago yo. De noche estudio y en los recreos leo. Esta es mi biblioteca, mi camarín. ¿Y usted qué hace?

—Soy estudiante de arquitectura.

—Las cintas, las flores, las plumas, los velos son para mí lo que serán para usted los edificios.

—Ese vals que se oye es el vals de amor de Brahms. Cuando oigo esa música, me enfurece la charla de las señoras que vienen a buscar sombreros. Y mi tía las atiende con remilgos. Las más chillonas hablan así:

«Qué bonito, ay, pero qué bonito.»

«A mí me gustan los sombreros grandes.»

«Son horribles, querida, horribles. Mírate en el espejo. ¿Verte, no te asusta?»

«Las cintas, Matilde, me enloquecen.»

«¿Se volverán a usar las cerezas?»

«Ya no se usa la paja de Italia.»

«Este sombrero es muy sentador, a través del velo brillará su cara como en un fanal.»

«Qué caro. Es demasiado caro.»

«Ya no se puede comprar nada, nada, nada.»

«Yo te lo decía.»

«¿Para qué se usan los sombreros? A veces me lo pregunto. ¿Por el sol, por la lluvia, por el viento?»

«Es nuestro único pudor. Lo usamos para taparnos la cara, como las sultanas con velos, para protegernos de las personas que nos miran impudicamente.»

«No es cierto. Debajo de sus alas nos besan con fresesí, o sirven de pantalla.»

«¿No tendrían un sombrero de terciopelo?»

«El terciopelo no es para esta época, ¿verdad? Es muy caluroso. Quiero uno de paja, amarillo. Uno que traiga suerte.»

«Tengo uno precioso.»

«El ideal sería un sombrero de musgo. Detesto la paja, me raspa el cuello. Tengo alergia.»

«¿Dónde encontraré un sombrero?»

«Vamos, vamos, es tarde. Señora, ¿no podría traerme una palangana pequeñita y un jabón?»

«¿Quiere pasar al cuarto de baño?»

«Estoy demasiado cansada y me siento mal.»

«Iré a buscar la palangana.»

«Se ha ofendido. ¿Por qué le pediste una palangana?»

«Tengo los pies muy sucios. Me los voy a lavar, con su permiso.»

«Levántate y mira los sombreros. Hay muchos. Alguno te gustará. El de musgo, tal vez.»

«Con este sombrero bailaré *La muerte del cisne*. A los once años mi madre vio bailar a Pawlova *La muerte del cisne*. Desde ese día sueño con un sombrero de plumas y en la muerte.»

«Se ha desmayado.»

«No la despertéis, que duerme.»

«Se ha transformado en un cisne, un cisne verdadero.»

«¿Y dónde esta Leda?»

«Yo soy Leda.»

«Levántate, cisne, y prepárate para tus próximas muertes.»

«Los sombreros cambian, cambian como nosotros.»

«La gente no tiene educación. Estamos apuradas. Nos embarcamos en el *Augustus*, el mes que viene. Llegaremos a París en pleno invierno. ¿Tendrán algo práctico y bonito, elegante más bien? ¿Algo en forma de turbante o de diadema o en forma de *cloche*?»

«Iré a buscar los sombreros de invierno que están guardados en el depósito. ¿Quieren tomar asiento? Antes les enseñaré algunos sombreritos que tengo aquí y que pueden servir para el invierno. ¿Harán un viaje muy largo?»

«Estaremos ausentes un año. Esta niña soñaba con

París. Tiene algunas amiguitas allá, pero pensamos ir a Italia, naturalmente a Inglaterra.»

«Dichosos los que pueden viajar. Yo viajaría siempre de aquí para allá, de allá para aquí, como los ingleses. Conozco Italia, Venecia; ay, Venecia, allí pasé todas las lunas de miel.»

«A mí me gusta Florencia, con esos museos, con esos palacios; la seda natural, las camisas, las blusas, las corbatas que allí se compran por nada, y los perfumes.»

«¿Cómo habrán sido los primeros sombreros del mundo?»

«Eres preciosa y todo te queda bien. El sombrero más antiguo es tal vez de origen griego. ¿Conspiran en esta casa? ¿Se trata de algún complot? Tenga cuidado. El sombrero griego es el llamado en latín *petasus*, sombrero liviano y pequeño, que se sujetaba con un cordón. Era prenda de viaje o de campo, y los romanos lo usaban para el teatro o para saludar. En China, durante el Imperio, el uso de ciertos sombreros tenía carácter oficial obligatorio. Y no sólo las mujeres llevaban estos adornos en los sombreros: Felipe III, en su *Pragmática*, de 1611, consintió que los hombres pudieran llevar en los sombreros cadenas, cintillos de piezas de oro, aderezos de camafeos o hilos de perlas. ¿Conoce la historia del sombrero de copa? El sombrero de copa fue inventado en 1782, no, en 1797, por el inglés John Hetherington, quien fue llevado a los tribunales y multado por haberse presentado en la calle con un tubo de seda, alto y lustroso, sobre la cabeza. La multa fue impuesta porque varias mujeres se desmayaron y algunos niños quedaron heri-

dos entre la muchedumbre que se agolpó para ver pasar a aquel extraño y terrible objeto.»

«¡Qué interesante! Todos los modelitos están a su disposición.»

«Éste me gusta. Éste de piel de tigre.»

«Es un gato. Qué amor.»

—Estoy preocupado. ¿No le parece que tendríamos que perseguir a ese hombre, averiguar si ha muerto?

—Una persona que está por morir trata de olvidar todo lo que es desagradable: delincuencia y policía. No me creyó, ¿verdad? Cree que ese hombre era mi amante o algo por el estilo. ¡Desengañese! Yo iba a suicidarme. Yo tendría que estar muerta en este momento; por milagro, por culpa de ese hombre que entró a matarme, usted está hablando conmigo. ¿Ve ese vaso? Contiene un poco de veneno. En el momento en que iba a tomar ese veneno entró el hombre y dejé el vaso sobre la mesa. El hombre prometió matarme de una manera que no era dolorosa; con una gillette. Me pidió las llaves de la caja de hierro. Se las di. Al principio creí que no podía abrirla, después advertí que no era eso lo que buscaba. Su furia fingida me inspiró terror e intenté envenenarlo. Le ofrecí agua. Él bebió un poquito. Después de abrir la caja de hierro, me anunció que me perdonaba la vida. Protesté inútilmente. Ahora pienso que el hombre tiene siete vidas como los gatos, y me da pena. Me confesó que había incendiado las iglesias, que practicaba o pretendía practicar asesinatos.

—Pero es un hombre peligroso.

—¿Todos los hombres peligrosos están libres y los buenos están presos siempre? No quiero que nos lleven presos. No quiero aplazar mi muerte. Muéstreme ese revólver.

—Tenga cuidado.

—¡Pero es de juguete! ¿Siempre usa revólver de juguete?

—No. Sólo cuando me encuentro con usted.

—Parece verdadero. ¿Qué hubiera hecho el hombre si no fuera por ese revólver?

—Matar a uno de los dos, y si hubiéramos tenido mucha suerte, a los dos. Estaba asustado. El miedo es a veces original.

—Era un hombre cobarde.

—¿Hay que tener miedo a los cobardes?

—Cuando le hablé de los ratones y de los fantasmas, se estremeció.

—Pero eso no es un síntoma de cobardía. Yo también tengo miedo.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

—Pero diga de qué.

—De estar con usted, por ejemplo, en esta casa.

—¿Le parezco tan terrible?

—Sí.

—Entonces ¿podría prometerme una cosa?

—Cualquier cosa.

—¿Promete matarme?

—Prometo, a condición de que me cuente toda su vida, sin omitir ningún detalle.

—Contar mi vida a un intruso, no me parece absurdo. En otros momentos de mi vida hubiera buscado a una persona que me fuera simpática o que fuera muy atrayente, pero ahora ¿quiere que le diga la verdad? Quisiera envilecerme para poder morir tranquila.

—No está muy desprendida de la vida.

—¿En qué lo advierte?

—Lo advierto en la manera que tiene de jugar con ese anillo. ¿Lo quiere mucho?

—Lo quiero mucho.

—¿Quién se lo regaló?

—Nadie. Yo. Los objetos me fascinan.

—Para poder morir hay que desprenderse de ellos. ¿Por qué no me lo da?

—Nunca se lo daría. Usted tiene un carácter muy violento.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la forma de sus manos.

—¿Se dedica a la quiromancia? Como le decía, falta mucho para que se desprenda usted del mundo.

—No sabe ni entiende nada. Pero le contaré mi vida, si se le puede llamar vida: hace mucho yo soñaba con el teatro, con escaparme de mi casa. No me separaba del espejo, donde estudiaba mis movimientos de actriz. ¡Por eso tengo una variedad enorme de voces! Podía imitar la voz de mis tías, de mis amigas. Tenía once años, tal vez no sea la edad más importante, pero para mí lo fue cuando vi a Pablo por primera vez, en San Fernando. Casi me desmayo; fue en casa de Elena Schleider, una persona a quien yo adoraba. Elena era amiga de mi ma-

dre y nos invitaba a veranear. Como yo era muy aniñada, todas las visitas me trataban como a una chiquilina. Sin embargo, la actitud de Pablo me parecía diferente. Pablo estudiaba ingeniería, pero se interesaba por la literatura. A veces me leía párrafos de alguna novela que estaba leyendo o se escondía conmigo en la cocina para que no nos vieran las visitas, o buscaba mi pie o mi mano debajo de la mesa, a la hora de las comidas, para burlarse conmigo de alguno de los invitados. Solía mirarme fijamente, para hipnotizarme. En los días tórridos de enero, a la hora de la siesta, en que todo el mundo se recuesta y se abanica con pantallas, íbamos en bicicleta al río. A veces descansábamos debajo de algún árbol y hablábamos de Elena Schleider. Pablo me pedía que imitara su voz. ¡Cómo cantaban las chicharras! ¡Y los grillos a la noche! Ahora, cuando los oigo, me parece que revivo esa época. Pablo me decía:

«Van a ponerte en penitencia.»

«No me importa, no me importa y no me importa.»

«Hace cuarenta grados y tendrías que estar durmiendo la siesta.»

«Ya lo sé. ¿Quién habrá inventado la siesta? Lo mataría. En cambio, al que inventó los helados lo abrazaría. ¿Quieres probar?»

«Detesto el helado de frutilla.»

«Yo detesto el helado de limón. Quiero que pruebes el mío.» Yo le decía, imitando la voz de Elena: «¡Hipnotízame!»

«No me faltes el respeto. No le pases la lengua.»

«¡Qué estará haciendo Elena! Estará toda de celeste.

Es el color que le gusta. Toda de celeste, debajo del mosquitero durmiendo.»

«Sus siestas son muy largas.»

«A veces sale de su cuarto a las seis y media de la tarde, cuando las visitas terminaron de tomar el té.»

«¿La quieres mucho? Más que a tus tías, ¿verdad?»

«A mis tías no las quiero.»

«¿Y por qué quieres tanto a Elena?»

«No lo sé. Tiene muchos frasquitos de perfume en su cuarto, y collares y flores y a veces peinetas que parecen caramelo, muchos libros y muchas fotografías. No es como las otras personas. Cuando entro en su cuarto, me deja tocar todo y me regala cosas. No es porque me regale cosas que la quiero. Mis tías también me hacen regalos. Es cuestión de simpatía.»

«Más que simpatía. Me parece que la admiras profundamente.»

«¿Profundamente? ¡Es cierto! La admiro. ¿Por qué será que la admiro? Es como estar enamorada.»

«¿Será porque toca bien el piano?»

«La admiro por nada y por todo. Porque está dentro de ella misma como dentro de una casa. Porque no tiene vergüenza. Nunca tiene un barrito en la cara, ni un grano.»

«Cuando seas grande serás lo mismo.»

«No quiero.»

«Eres tímida. A tu edad uno se ruboriza por todo.»

«No soy tímida. Soy como soy. Yo siempre seré lo mismo.»

«¡Ya se terminó!»

«¿Qué se terminó?»

«¡El helado! No dura nada.»

«¿Comerías otros?»

«Cinco más, de todos colores.»

«¿De frutillas y de dulce de leche? ¿Quieres que vaya a buscarlos? Haré el sacrificio.»

«Cinco de dulce de leche y cinco de frutillas. De todos los colores, salvo de uno del color de la nieve. Ese helado horrible, de limón. Quiero irme a Estados Unidos para comer todo el día helados. No. No te vayas. ¡Hipnotízame!»

«Voy a buscar los helados.»

«Prefiero que te quedes. Tengo tantas cosas para decirte.»

«¿Sólo para comer helados quieres ir a Estados Unidos?»

«En verano, sólo para comer helados. El resto del tiempo, estudiaría teatro. ¡Hipnotízame!»

«Serás una gran actriz.»

«¿Lo crees?»

«Naturalmente que lo creo.»

«¿En qué se ve que voy a ser una gran actriz?»

«En tu carita de mono.»

«¿Qué gracioso.»

«En la manera de moverte, en la manera que tienes de sentarte o de hablar cuando estás triste o alegre.»

«¿Sabes cuándo estoy triste o alegre?»

«Es natural que sí.»

«¡Qué feliz soy! Creía que nadie me comprendía. Elena no me comprende.»

«Ahora sabes que alguien te comprende.»

«¡No me parecía posible, Pablo! ¿Piensas que seré algún día una gran actriz?»

«Estoy seguro.»

«Cuando le dije a Elena que yo quería ser actriz, me contestó que mamá se opondría. Y fue verdad. No soporta que le hable de teatros ni de actrices.»

«Tu madre es muy severa.»

«Me odia. ¡Hipnotízame!»

«No digas cosas absurdas.»

«Verás si no me odia. Para ella, en primer término, están las ideas morales, y en segundo término yo. Además, es ciega. Es íntima amiga de Elena.»

«¿Qué quieres decir con eso?»

«Que Elena no tiene las mismas ideas morales que mi madre, y que mi madre lo ignora.»

«¿Qué sabes?»

«Se lo oí decir a la planchadora y al jardinero.»

«¡Qué niña ésta!»

«La planchadora y el jardinero me quieren mucho. ¿Cuántos días faltan para que termine el verano? ¡Hipnotízame!»

«Ya estás pensando en eso.»

«Termina siempre mi alegría ese día. ¿Cuánto falta?»

«Tengo que hacer la cuenta. Parte de enero, febrero y parte de marzo. Sesenta días. ¡Qué extraña eres, Cornelia! Tan aniñada en algunas cosas y en otras tan adulta.»

«Y tú tan estúpido.»

«Gracias.»

«Me llaman.»

«¿Tu madre no puede comprarte zapatos mejores?»

—Así pasé los primeros años de mi adolescencia: adorando y esperando como una idiota la llegada del verano, de Elena Schleider, de Pablo con los jazmines del cabo, las magnolias y el canto estridente de los pájaros. Durante el invierno los veía esporádicamente. Tardé en darme cuenta de las relaciones que existían entre Elena Schleider y Pablo. Elena Schleider era tan seria que nadie la creía capaz de cometer un adulterio. Además, se parecía al supuesto retrato de Lady Talbot, de Pedro Cristus. En una oportunidad dio lugar a comentarios el que Elena Schleider no quisiera acompañar a su marido en un viaje de negocios por Europa. Se dijo que estaba enferma, pero durante todo aquel verano, sus mejillas relucieron con un color muy vivo, lo que me llevó a pensar que la fiebre embellecía a las personas. Conservé durante un tiempo una horquilla de ella. Recuerdo que me mudaron de cuarto aquel verano y que Pablo no salía conmigo a la hora de la siesta como acostumbraba a hacerlo. En varias oportunidades me dijo que fuera a esperarlo a la sombra de un sauce que quedaba bastante retirado de la casa, a orillas del río. Lo esperaba mirando el agua, con impaciencia. Un día resolví volver a la casa, para reprochar a Pablo su conducta. Cuando llegué a la casa, la puerta de la calle estaba cerrada con llave. Me trepé a un balcón, encontré la puerta del balcón abierta y entré. En puntillas me dirigí al cuarto de Pablo. No había nadie. Des-

pués recorrí la casa, cuarto por cuarto, hasta que llegué al de Elena Schleider. *Eres lo único que tengo en la vida*, susurraba la voz transformada de Elena Schleider. En la penumbra primeramente no vi nada, luego, como la mujer de Barba Azul cuando entró al cuarto prohibido, retrocedí espantada. Pablo y Elena Schleider, como un monstruo mitológico, estaban abrazados, sobre la cama. Hablaban de una cigarrera de oro, en voz baja, como si se confesaran. Era el regalo que Pablo le había hecho a Elena. Salí despavorida al jardín, bajé al río y me escondí entre las plantas.

—¿Por qué no sigue?

—No sé. Me parece que hablo en vano.

—¡Por favor! Me hace olvidar el mundo horrible en que vivimos, las torturas.

—¿Las torturas?

—Sí. Las torturas. Siga.

—Esa noche me buscaron con linternas y me encontraron tarde, con el vestido roto y despeinada. Dije que un hombre me había violado. Inventé esa historia. Poco después, cuando ya me había desvestido para acostarme, Elena y Pablo entraron en mi cuarto para ver si ya no lloraba.

«Toma un poco de café. Termínalo. Va a hacerte bien», me dijo Elena.

«Por favor, unos tragos más.»

«Ahora nos dirás qué sucedió. ¿No puedes decirlo?»

«No nos hagas padecer tanto. Hace una hora que estamos rogándote que nos hables.»

«No se lo contaré a nadie. Puedes estar segura.»

«Ni yo tampoco. A nadie. Sé razonable. Hablar no cuesta nada.»

«Fue un hombre, un hombre horrible. Quiso violarme.»

«¿Dónde aprendiste esa palabra?»

«No la aprendí. La conocía.»

«Cornelia lee mucho. Además, es una señorita. Siempre te olvidas de la edad que tiene.»

«¿Pero qué sucedió?»

«Me rompió el vestido.»

«No llores. No llores. Tal vez sea un malentendido. ¿Por qué te fuiste sola de noche?»

«Me perdí. Estaba juntando jazmines en el cerco de un jardín. Se hizo de noche, una noche oscura.»

«No volverás a alejarte de casa.»

«No, a esas horas no volveré a alejarme.»

«Nos asustaste mucho. Me duele la cabeza. Estoy enferma. Eres una inconsciente. Voy a acostarme. Te dejo con Pablo. A él le tienes más confianza. No te aflijas. No pienses. Mañana hablaremos con tranquilidad.»

«Tengo miedo.»

«¿De qué?»

«De que vuelva. Oí pasos en el jardín.»

«Espera. Voy a apagar la luz. No hay nadie. Estás nerviosa.»

«No.»

«Dijiste que la noche estaba oscura. ¿No habrás soñado? Mira el resplandor de la luna, allá arriba.»

«No he soñado. Lamento no haber muerto.»

«Lo dices para castigarme.»

«Lo digo porque lo siento.»
 «No llores. Eres una chiquilina.»
 «No estoy bien. Voy a desmayarme.»
 «Cornelia, Cornelia, contéstame. Voy a llamar a un médico.»
 «No. Ya estoy mejor. No te muevas. ¿No eres supersticioso?»
 «No. ¿Por qué?»
 «¿Oíste el chistido de la lechuza?»
 «Sí.»
 «¿Oyes? Cuando alguien está por morir se oye el chistido de una lechuza. ¿No estaré por morir? Tengo un pecado mortal.»
 «¿Qué pecado?»
 «¡No es uno solo!»
 «¿Mortales todos?»
 «Todos mortales. Iré al infierno. Cuando pienso en el fuego del infierno me da frío.»
 «No tiembles. Te salvaré del infierno.»
 «¡No eres Dios para salvarme!»
 «Puedo protegerte.»
 «Nadie puede proteger ni salvar a un pecador.»
 «Estás arrepentida.»
 «No estoy arrepentida.»
 «Estás nerviosa. Voy a darte un calmante. Toma.»
 «No quiero, y no quiero que nadie me domine.»
 «Nadie pretende dominarte. No te hagas la nenita.»
 «Tener once años es peor que ser una esclava.»
 «¿No eres feliz? ¿Nunca eres feliz? Vamos, no te hagas la víctima. Quiero verte sonreír.»

«No me comprendes. No podré dormir. Ese hombre, ese hombre horrible.»
 «No llores. Trata de dormir. Tranquilízate.»
 «Me tuvo entre sus brazos. El silencio y la oscuridad entraron en mí. Dije la verdad: un hombre me violó aquella noche.» ¿Qué piensa?
 —La escucho.
 —Al día siguiente, como si nada hubiera sucedido, Elena Schleider y sus huéspedes me llevaron por la tarde al cinematógrafo. Elena Schleider hizo algún comentario sobre mi palidez morbosa, sobre la necesidad de cortarme el pelo y enseñarme a tener mejores modales. La odié como sólo se odia a una persona que uno ha adorado. Entonces concebí mi venganza. Al día siguiente robé la cigarrera de oro y poco tiempo después la vendí para comprar un anillo a Pablo. Tuve que esperar la oportunidad para regalárselo. Elena Schleider había salido para hacer unas compras. Todos los huéspedes jugaban a las barajas, salvo Pablo. Temblando me acerqué a él y le dije:
 «Creo que me odias y no puedo seguir viviendo así.»
 «Pero mi hija ¿cómo puedes creerlo?»
 «Entonces, si no me odias, te regalaré este anillo que conseguí a costa de muchos sacrificios. ¿Lo usarás? Contéstame. ¿Me oyes?»
 «¿Qué dices? Perdóname. Estoy estudiando una materia muy difícil.»
 «Conseguí a costa de muchos sacrificios este anillo de oro y quiero que lo uses. ¿Lo usarás?»
 «No podría; de ninguna manera. Nunca usé ni usaré un anillo. Además, es un anillo de compromiso.»

«Qué importa que sea un anillo de compromiso.»

«Importa mucho. No me gustan los símbolos.»

«Si no quieres usarlo en el anular, entonces podrías usarlo en tu llavero.»

«Es una tontería. ¿Quién usa anillos en el llavero? ¿Quieres decirme? ¡Tienes unas ideas!»

«Te arrepentirás toda tu vida.»

«¿Volverás a llorar? Cornelia, mi paciencia tiene un límite.»

«Si no lo usas en tu llavero voy a matarme. Hoy mismo, hoy mismo.»

«No grites. Toda la casa va a oírte. Es lo que quieres, ¿verdad? Dame el anillo. ¿Estás satisfecha? ¿Comiste dulce? Está sucio.»

«No.»

«¿Qué quieres que haga ahora? ¿Que me mate? ¿Qué pretendes? ¿Vuelves a llorar?»

«Tengo que decirte algo.»

«Dímelo pronto. No me tortures.»

«Voy a tener un hijo.»

«Lo que me dices sobrepasa mi entendimiento. Estás loca. Estoy loco. Estamos tal vez todos locos. Pero creo que mientes.»

«Digo la verdad. Siempre la verdad. ¿Quieres que me vaya?»

«Pablo, ¿no me oías?»

«Estaba estudiando. En esta casa es muy difícil estudiar. Por no decir imposible.»

«La vi salir a Cornelia con los ojos rojos de lágrimas. ¿Qué tiene esa niña, puedes decirme?»

«Es niña. Conoces esa desdicha. Tú también lo fuiste.»

«Siempre fui feliz. Feliz como los pájaros.»

«Hay niñas que sufren a los once años.»

«¿Por qué a los once años? Nunca he entendido esas cosas. Explícamelas.»

«Si no lo sabes, no puedo explicártelo.»

«Piensas que no soy sensible, ¿verdad? Piensas que mi alegría es un poco absurda, un poco fría.»

«No digas cosas que no sientes. Sabes que te adoro.»

«Cuando estamos rodeados de gente, cambias. Cambias horriblemente.»

«No seas pueril. Estás más linda que nunca. Es la primera vez que te veo vestida de amarillo.»

«Es el color de los celos, el color de la retama.»

«No eres celosa. En tu cuarto, en tu pelo, en tus manos, hay un olor a retama, aun después de que pasó la época de su florecimiento.»

«Fui retama en otra reencarnación.»

«¿Retama o jazmín?»

«Retama y jazmín.»

Me había escondido para escuchar la conversación. Elena Schleider, que me vigilaba, se enteró de todo. Enfurecida, se lo dijo a mis padres, que tenían muchos hijos y son muy religiosos; ante mi impasibilidad, me echaron de la casa. El cuento del hijo fue mentira, pero gracias a esa mentira, mi tía quiso protegerme y me tomó como empleada en su casa de modas, a condición de que no me dedicara al teatro. Elena Schleider amenazó matar-

me si me encontraba con Pablo. A mi vez, para vengarme, fingí enamorarme de otro muchacho; mi venganza resultó nefasta, pues me enamoré, y Pablo comenzó a perseguirme. ¡Con un automóvil muy lujoso!

—¿Y todavía está enamorada?

—No. ¿Usted siempre lleva bigotes?

—Cuando salgo solamente. Para entrecasa me los quito.

—Quíteselos.

—¿Por qué quiere suicidarse?

—¿Por qué lleva bigotes postizos?

—¿Por qué quiere suicidarse?

—No importa por qué. Ahora tiene que matarme.

—Me ha contado una parte de su vida. ¿Acaso es la más importante? Falta la otra. ¿No tuvo cinco, seis, siete, ocho, nueve años? ¿No tuvo viruela o rubeola? ¿No tuvo miedo de la oscuridad? ¿No le contaron cuentos?

—¿Quiere que mi vida se convierta en *Las mil y una noches*? Las personas a quienes detestamos son las personas a quienes les hacemos confidencias minuciosas. Frente a ellas no podemos modificar nuestra alma. Siempre están ahí para recordarnos cómo fuimos.

—Me resigno. Para cumplir con mi promesa, usted tiene que cumplir con la suya.

—En este momento no podría seguir. Estoy muerta. Quisiera ir a La Rosa Verde y llevarle de regalo a Cristina el maniquí. Quisiera saber si el hombre ha muerto. Es mi última voluntad.

—Salgamos. ¿Podré pasar por mi casa para buscar el revólver? Un revólver verdadero.

—¿Usted cree que alguien puede perseguirnos?

—El revólver es para matarla a usted. Prefiero estar armado. Podría estrangularla o abrirle las venas, pero el revólver es más impersonal. ¿Y esta carta?

—Es mi carta de despedida.

—Démela. Todo lo que se refiere a su muerte me pertenece.

—Me repugna su manera de proceder.

—¿Por qué besa su imagen?

—Porque inspira el deseo de besarla.

—¿Y no hay que reprimir los deseos?

—No. Mi imagen en el espejo es la mejor parte de mí misma. Salgamos. Espero que apague las luces. ¿Pero qué es esa luz que se ve en las persianas?

—La luz de la luna. Buenos Aires es mi única ciudad desconocida. Siempre es un puerto al que acabo de llegar.

—Los espejos son muy importantes. Son el alma de una casa. Los espejos romanos eran pequeños y a propósito para tenerlos a mano.

—No me gusta ver mi perfil. Uno es cruel y el otro idiota. Rompería todos los espejos.

—¿Nadie oyó hablar del espejo ardiente o ustorio? Se le dio ese nombre, en la Edad Media, a un espejo cóncavo o parabólico que recogía todos los rayos del sol en un punto llamado foco, donde el calor era tan grande que quemaba. ¡Qué sabia soy! ¿No admira mis conocimientos de historia? ¿Arquímedes no abrasó en Siracusa la flota de Marcelo; y Proclo, ingeniero del emperador Anastasio, no quemó en Constantinopla la flota de Vespasiano, con espejos? En el santuario de Démeter,

en Patras, había una fuente sagrada que alimentaba un estanque, en cuyas aguas, combinadas con un espejo, se hacían adivinaciones.

—Yo también creo en la magia, en los naipes, en la transmisión de pensamientos, en la telepatía humana.

—En un templo situado cerca de Megápolis, dice Pausanias que todo el que se miraba en su espejo se veía a sí mismo muy confusamente o no se veía en absoluto, pero las imágenes de los dioses y sus tronos relumbrantes se veían con claridad. ¡Qué extraña luz rosada entra por la ventana! Creía que estaba en Megápolis. Creía que era el amanecer. Qué íntimas son las calles, en verano, aunque nos sintamos forasteros. Me olvidaba del maniquí.

—Me olvidaba de los bigotes.

—¿Por qué se disfraza?

—Para no reconocer a la gente.

—No sé nada de ti. Creo que la confianza debe ser recíproca. ¿Por qué no me hablas? ¿Por qué no me cuentas tu vida?

—Conozco partes importantes de tu biografía, no lo olvides.

—Los acontecimientos de la vida no forman el carácter de una persona.

—Y la conducta de una persona frente a los acontecimientos ¿no indican el carácter de una persona?

—De ningún modo. Hay personas muy difíciles de conocer.

—Te conozco. A nadie he conocido tanto. En el fondo quieres ocultarte, ocultar tu verdadera personalidad. ¿Por qué no me cuentas tu sueño de anoche?

—¿Qué obligación tengo de contarlo?

—Es natural. ¡Qué púdico!

—Los hombres son muy púdicos.

—Y las mujeres muy desconfiadas. No creo lo que me dices.

—¿Y para qué voy a mentirte?

—Para conocerme un poco más de lo que crees que me conoces.

—No te miento. Soñé que me matabas.

—¿Quieres hacerme creer que tuvimos el mismo sueño? Vamos a ver, te maté ¿y qué más?

—Me arrancaste el cuchillo que estaba a punto de clavarte. Mientras te abrazaba me lo clavaste.

—Te comportaste como una vulgar reina, en su vuelo nupcial. ¿Y el negro? Ese negro que tenía un niño en sus brazos ¿quién era? ¿Por qué usaba una máscara?

—Era Claudio. Pero era también el incendiario.

—¿Cuáles serán tus deseos para que hayas tenido ese sueño?

—Qué absurdo eres. Pensar que pasaba todas las mañanas frente a La Rosa Verde y creí que la calle Esmeralda era una vulgar esmeralda. Cuántos días han transcurrido desde ayer.

—Pensar que pasabas todas las mañanas a mi lado, sin verme, y yo sin verte. ¿Por qué vinimos a este sitio? Preferiría la misma prisión, con la ventanita pegada al techo, con las pilas de cajas de sombreros.

—No podíamos quedarnos definitivamente allí. Nos hubieran comido los ratones.

—Me reconcilié con los ratones en esta casa. Tenían

una manera de mirar tan graciosa como los ratones que obedecían a San Martín de Porres.

—Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—No sé.

—Estarás nerviosa porque no has dormido. Tienes miedo del hombre. ¿Temes que haya muerto o que no haya muerto?

—No es eso.

—Tienes miedo de encontrarte con gente.

—No. Temo que Cristina no viva, que nunca haya vivido.

—¿Y ése es un motivo para tener miedo?

—Sí. Tengo miedo de que Cristina no exista, que haya sido una aparición. Y si ella lo fuera, también tú lo serías.

—Existo. Existes. Existe el beso que nos dimos.

—Jamás nos dimos un beso. Si crees que nos hemos besado, es que has besado a un fantasma.

—Existen las pilas de cajas, existe el depósito de sombreros, existen los adornos y los fieltros.

—Todo parece tan irreal. Tendría que lastimarme para saber si existo.

—No te apresures. Siempre hay algo que nos lastima.

—Pero me refiero a una herida de ésas que sangran, a una herida hecha con un cuchillo. Por ejemplo, si tuviera un cuchillo me lastimaría.

—No has dormido. Estás nerviosa.

—No tienes imaginación.

—Pero tengo memoria. Tuvimos el mismo sueño. Mi

vida es muy pobre. Si te la contara, no seguirías contándome la tuya. No hay tiempo para tantas confidencias. En las sociedades secretas de indios americanos sólo se admiten adeptos que hayan tenido ciertos y determinados sueños. Sin esos sueños no pueden entrar en esa sociedad. Nosotros tuvimos el mismo sueño...

—Es cierto. ¿No habremos tenido desde que nacimos los mismos sueños? Cuéntame los tuyos. Habrás soñado mucho antes de conocerme. Yo sueño siempre conmigo. Cuando era muy niña, tenía conversaciones con mi propia imagen. Le hablaba con un millón de voces. De noche soñaba con este espejo; tal vez fuera por influencia de mis lecturas: *Alicia en el País de las Maravillas* me fascinaba. Dicen que en el momento de morir uno recuerda todos los instantes de la vida. Al disponerme a morir esta noche, reviví frente a este espejo las sensaciones de mi infancia.

—¿No piensas como Stendhal que «el amor es el milagro de la civilización»?

—¿Todavía tienes ilusiones?

—Todavía.

—¿Cómo te llamas?

—Daniel.

—Daniel. Es mi nombre predilecto. En la Historia Sagrada imaginé a Daniel un millón de veces, en la fosa de los leones. Tus ojos son tan claros que me hacen creer en la verdad. Lástima que nos hayamos encontrado el último día.

—¿El último día?

—Sí, el último día de mi vida.

—A nadie se le ocurriría pensar que acabamos de conocernos y que por eso tendrías que serme totalmente indiferente, como yo te soy totalmente indiferente.

—Si sientes por mí la misma indiferencia que siento por ti, estoy tranquilo. Pero no juegues tanto. No podría hacerte sufrir. Jamás podría hacerte sufrir.

—¿Dejarías todo por mí?

—Moriría por ti. Y tú ¿vivirías?

—Hace muy poco que nos conocemos. Y ahora toda esa cuestión del suicidio ¿te parece absurda, verdad?

—No.

—¿Por qué prometiste matarme?

—Para evitar un suicidio. ¿Quién es Cristina?

—Es una niña de diez años.

—¿Y qué puede importar una niña de diez años?

—Es misteriosa, y además tiene diez años, una edad bastante misteriosa. No sabemos qué hace ni sabemos si existe.

—¿Y qué va a hacer esa niña con el maniquí?

—Le gusta más que una muñeca. ¿Por qué no me dices tus secretos?

—Te los diré si consientes en vivir. ¿Consientes?

—¡Cómo voy a consentir en cosas que no me incumben! Felices los que murieron o vivieron en la época en que no existían los espejos. Nada les impedía quitarse la vida como yo quisiera con este inocente vaso. Vete. Quiero verme a mí misma en el espejo. Lo que más me gustó en el mundo fue el agua: beberla, mirarla, imaginarla. En este vaso la tengo presa, aunque esté mezclada con otra cosa menos pura. Me acercaré a besarte, espejo. Qué fres-

ca, qué incontaminada, qué parecida a nadie eres. Pego mis labios a tus labios como si nadie pudiera separarnos jamás. Todas las fotografías son espejos de lo que fuimos, pero no de lo que somos ni de lo que seremos. Deja que me mire. Soy lo único que no conozco. Voy a beber algo mejor que la vida. Por suerte ya se fue todo lo que no soy yo. Me acercaré al espejo. Quiero besarme. Nada me impedirá besarme. Nada me impedirá arrodillarme. Tu boca, espejo, es fresca como el agua. Me da miedo. No existe la distancia que nos separa, ni el frío helado de tu superficie lisa. Voy a morir ahora mismo. Me desvestiré, y quedaré desnuda. Totalmente desnuda. Si alguien se acerca, que se vaya y me deje sola bajo la mirada mía que pronto se terminará. Qué extraño ruido. ¿De dónde proviene? Lo oigo venir desde arriba, como si algo se estuviera rompiendo. Hace tanto que vengo a esta casa y nunca lo he oído. ¿Los ratones se habrán metido detrás del espejo? O bien algo se está despegando en esta mole gigantesca. ¿Por qué te tengo tanto miedo, espejo, si antes no te temía? Antes me acercaba, ahora me alejo. ¿Me vas a matar? ¿Te atreverás? Moriré bajo tus cristales. Me arrodillaré a tus pies. Me taparé la cabeza con mis brazos para no ver caer tu cascada de vidrios. Qué porquería eres. Me buscaré a mí misma en todos tus pedazos: un ojo, una mano, un mechón de pelo, mis pies, mi ombligo, mis rodillas, mi espalda, mi nuca tan querida, nunca podré juntarlos.

—Poca voz me queda. Los que me buscan son las alimañas, los ratones, el polvo. La muerte de una persona no es igual a la muerte de un espejo. No creí tener esta suerte de morir contigo.